

# El artista

Carlos Reyes

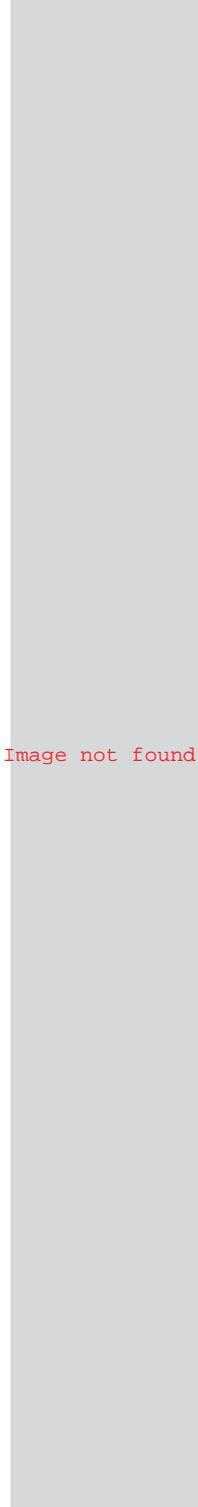


Image not found.

## Capítulo 1

Durante los cincuenta segundos que el semáforo está en verde, el artista se seca el sudor con un pedazo de trapo viejo que alguna vez fue la camiseta de educación física de una escuela conocida de la ciudad. Su esposa le ofrece un vaso de limonada, de la que está hecha con agua, panela y limón. El calor y la sed son tan sofocantes que se la engulle de una sola bocanada y en menos de cinco segundos. Suelta un eructo fuerte que estremece el lugar. Su mujer lo mira con desprecio, pero no hay tiempo para recriminaciones, el semáforo cambia a rojo.

Agarra una muñeca de trapo y sin cara de su tamaño, despelucada, vestida con minifalda, blusa ombliguera, un collar colorido y tacones muy altos. Se para en frente de los carros y comienza a bailar al son del coro de "saragüey santoja" que seguramente él o alguien conocido ha editado para que suene a cuarenta y cinco revoluciones por minuto. "Saragüey Santoja, tipo popular, Saragüey Santoja, donde quiera que se mete, Saraguey Santoja, su conga se pone a tocar" canta con Angel Canales, mientras mueve sus pies exageradamente al compás de las revoluciones de la canción. Algunos de los conductores de turno observan embelesados y se divierten. Otros miran disimuladamente, de soslayo. Otros lo miran con desprecio y maldicen su precariedad. Después de treinta segundos de show, se quita su gorro y pasa por el lado de cada uno de ellos. Su rostro bañado en sudor y su sonrisa llevan una expresión de mendicidad que espera sea suficiente para que su baile haya valido la pena y que el público obligado sea generoso.

El semáforo cambia a verde una vez más. Vuelve al andén. Frunce el ceño. Está enojado y se queja con su mujer, aunque no es la primera vez que se desilusiona de los resultados de su show. Recogió sólo quinientos pesos. "A este paso, no vamos a conseguir ni para el almuerzo hijueputa", grita. Su mujer lo calma y le ofrece el último vaso de limonada que le queda mientras que él intenta peinar, con rabia y en vano, el pelo tieso y maltratado de su muñeca. Le quedan solo unos segundos de descanso. Se persigna. La última vez no lo hizo y piensa que eso pudo haber sido la causa de su mala suerte. Una vez más, la función está a punto de empezar.